



LA
ESCALERA
DE
CARACOL

MARY ROBERTS RINEHART

Rachel Innes, una solterona madura y avispada, alquila la gran mansión de Sunnyside para pasar las vacaciones estivales. Durante su estancia allí, empieza a sospechar de la existencia de un fantasma que merodea por el lugar.

Todo se complica cuando el cadáver de Arnold Armstrong, hijo del banquero Paul Armstrong, el propietario de Sunnyside, aparece al pie de la escalera de caracol situada en un extremo de la casa.

Se inicia la investigación policial y se va desvelando el pasado de la familia Armstrong y los misterios que se esconden en Sunnyside. Rachel, preocupada por la posible involucración de sus sobrinos en la oscura trama, decide tomar cartas en el asunto y realizar sus propias averiguaciones... aunque ello pueda poner en peligro su propia vida.

Dramatis personae

Allen, Liddy. Doncella de compañía de Rachel Innes.

Armstrong, Arnold. Hijo de Paul Armstrong, asesinado de un disparo al pie de la escalera de caracol de Sunnyside.

Armstrong, Fanny. Esposa de Paul y madre de Louise.

Armstrong, Louise. Hija de Fanny Armstrong, hermanastra de Arnold.

Armstrong, Paul. Presidente del Banco Traders. Padre de Arnold Armstrong.

Bailey, Jack. Cajero del Banco Traders, prometido de Gertrude Innes.

Bliss, Mattie. Segunda cocinera empleada en Sunnyside, tras la marcha de Eliza.

Bohannon, Sam. Empleado del Club Greenwood.

Carrington, Nina. Misteriosa mujer.

Eliza. Cocinera de Sunnyside.

Fitzhugh, Ogden. Prima del fallecido Arnold Armstrong.

Graham, Alexander. Jardinero, empleado de Sunnyside.

Harton, señor. Abogado de la familia Armstrong.

Innes, Gertrude. Sobrina de Rachel Innes.

Innes, Halsey. Sobrino de Rachel Innes.

Innes, Rachel. Protagonista de la novela. Solterona madura y avispada que alquila la casa de Sunnyside para pasar el verano y se ve envuelta en el misterioso asesinato de Arnold Armstrong.

Jamieson, señor. Detective de la comisaria de Casanova.

Jarvis, señor. Miembro del Club Greenwood.

Johnson, Thomas. Mayordomo de la familia Armstrong, empleado en Sunnyside.

Mary Anne. Empleada del servicio de Sunnyside.

Riggs. Chofer del doctor Walker.

Rosie. Doncella de Sunnyside.

Stewart, doctor. Médico de Englewood.

Walker, Frank. Médico personal de la familia Armstrong.

Wallace, Lucien. Niño.

Warner. Chofer del servicio de Sunnyside.

Watson, Anne. Ama de llaves de Sunnyside.

Winters. Detective.

1

Alquilo una casa de campo

Esta es la historia de cómo una solterona de mediana edad perdió la cabeza, abandonó sus bienes en la ciudad, alquiló una casa amueblada para pasar un verano en las afueras y se encontró envuelta en uno de esos crímenes misteriosos que mantienen a los periódicos y a las agencias de detectives felices y prósperos. Yo había vivido durante veinte años confortablemente; durante veinte años había mantenido en flor las macetas en primavera, había quitado las alfombras, colocado los toldos de las ventanas y cubierto los muebles con unos forros de color marrón; durante otros tantos veranos había dicho adiós a mis amigos y, después de verlos partir, sudorosos y atareados, me había quedado en casa para disfrutar de la deliciosa tranquilidad de la ciudad, donde el correo llega tres veces al día y el suministro de agua no depende de un depósito colocado sobre el techo.

Y luego... la locura se apoderó de mí. Cuando acuden a mi memoria los meses que pasé en Sunnyside me sorprende que lograra salir con vida. Sin embargo, el cansancio y el desgaste provocados por mis terribles aventuras dejaron mucha huella en mí. Ayer mismo me lo recordó Liddy, al decirme que un poquito de tinte azul en el agua con la que me lavo el pelo le daría un tono plateado en lugar del blanco amarillento que ahora muestra. Detesto que me recuerden cosas desagradables, de modo que le contesté de mala manera.

—No —le dije, cortante—. No voy a teñirme el pelo de azul a mi edad, ni voy a almidonármelo.

Liddy dice que aquel horrible verano le destrozó los nervios, pero aún le quedan bastantes, ¡válgame Dios!, pues, cuando empieza a quejarse de que le duele la garganta, basta con que la amenace con regresar a Sunnyside, y aunque trata de fingir alegría, puedo notar claramente su miedo. De todo esto ya habrán juzgado ustedes que el verano al que me refiero fue todo menos agradable.

Los periódicos publicaron noticias tan confusas e incompletas (uno de ellos me mencionó solo una vez, como la inquilina del lugar, en el momento que ocurrieron los hechos) que me siento en la obligación de contar todo lo que sé. El propio señor Jamieson, el detective, dijo que nunca habría logrado resolver aquello sin mi ayuda, aunque después no me haya atribuido gran mérito en sus declaraciones.

Tendré que retroceder muchos años —treinta, para ser exacta—, para comenzar mi historia. En esa época murió mi hermano y me dejó a cargo de sus dos hijos. Halsey tenía once años, y Gertrude, siete. De pronto me encontré con todas las responsabilidades de la maternidad; ejercer debidamente el papel de madre es algo que requiere exactamente el mismo número de años que tenga el niño, como en el cuento del hombre que echó a andar cargado con un ternero y al final se encontró con un toro sobre los hombros. Pero lo hice lo mejor que pude. Cuando Gertrude superó la edad de ponerse cintas en el pelo y Halsey me pidió un alfiler de corbata y se puso un pantalón largo —con todas las «ventajas» que ello implicó para mí, que tenía que zurcirlo y remendarlo—, ingresé a ambos en buenas escuelas. Después de eso mi responsabilidad se limitó sobre todo a mandarles cartas, llenar sus guardarropas durante tres meses de cada verano, examinar sus listas de amistades y, en general, prolongar mi papel de madre más allá de sus nueve meses de reclusión.

Dejé de pasar los veranos con ellos cuando, un poco más tarde de lo normal, en el internado y el colegio, los muchachos empezaron a pasar la mayor parte de sus vacaciones con amigos. Fui descubriendo gradualmente que mi nombre al pie de un cheque era aún mejor recibido que al pie de una carta, aunque les escribía a intervalos regulares. Pero cuando Halsey terminó su carrera de electricista, Gertrude salió del internado y ambos volvieron a casa, las cosas cambiaron de pronto. El invierno en que volvió Gertrude no hice más que velar por las noches, esperando a que volviera a casa, llevarla, cabeceando, a la modista al día siguiente, y poner obstáculos a jovencitos inaceptables con más dinero que cerebro o con más cerebro que dinero. También aprendí a decir muchas cosas: «ropa blanca» por *calzones*, «túnicas» y «trajes de sastre» por *vestidos*, y «universitarios» —no colegiales— a imberbes estudiantes de segundo año. De Halsey había que estar menos pendiente, y cuando ese invierno ambos heredaron la fortuna de su madre, mi responsabilidad se volvió puramente moral. Halsey, desde luego, se compró un coche, y yo aprendí a anudar sobre mi sombrero un velo gris y, al cabo de un tiempo, a no darme la vuelta para mirar a los perros que morían atropellados en la calle.

Esas mejoras de mi educación hicieron de mí una tía soltera bien preparada, y para la primavera era muy fácil llevarse bien conmigo. Por eso fuimos a parar a Sunnyside.

Antes fuimos a visitar la finca, que pareció merecer su nombre^[1]. Su alegre aspecto no mostraba absolutamente nada de extraordinario. Solo una cosa me pareció extraña. El ama de llaves se había mudado unos días antes a la casa del guarda. Como dicho lugar quedaba bastante lejos del edificio principal, pensé que un incendio o unos ladrones podrían realizar tranquilamente su labor antes de que ella llegara. La finca era muy extensa, y la casa estaba en la cima de una colina que iba descendiendo en espaciosa extensión de verde césped y cuidados setos, hasta llegar a

la carretera. A través del valle, a unos tres kilómetros, estaba el Club Greenwood. Gertrude y Halsey se enamoraron del lugar.

—¡Vaya, es todo lo que podemos desear! —dijo Halsey—. Bonitas vistas, aire puro, buena agua y buenos caminos. En cuanto a la casa, es tan grande como un hospital; me gusta, con esa fachada tipo Reina Ana y esa parte trasera tipo Mary Anne.

Eso era ridículo; todo era isabelino puro.

Por supuesto, alquilamos la casa. No era un lugar que pudiera considerarse cómodo, pues era demasiado grande y lo suficientemente aislado para que a los miembros del servicio les supusiera un problema llegar, pero quiero dejar algo bien claro: por muchas cosas que hayan sucedido después, nunca eché la culpa a Halsey ni a Gertrude por haberme llevado allí. Y hay algo más. Aunque la serie de desastres que ocurrieron en ese lugar no haya tenido ninguna consecuencia favorable sobre mí, al menos me enseñó algo: que, de algún modo, quizá gracias a la existencia de algún antepasado semicivilizado mío que se vistió con pieles de oveja y tenía que rastrear sus presas para alimentarse, tengo en mí el instinto de la caza. Si yo fuese un hombre sería sin duda un detective de los que preparan trampas a los delincuentes, de forma tan implacable como mi antepasado vestido de pieles acechaba a sus jabalíes. Pero, siendo una mujer soltera, con la desventaja de mi sexo, es probable que mi primer encuentro con el delito sea también el último. En realidad, estuvo muy cerca de ser mi último encuentro con cualquier cosa.

Los propietarios de la finca eran el presidente del Banco Traders, Paul Armstrong, que en los días en que alquilamos la casa se encontraba en el oeste con su mujer, su hija y un tal doctor Walker, médico de la familia Armstrong. Halsey conocía a Louise Armstrong y se había mostrado muy atento con ella el invierno anterior; pero como Halsey era siempre amable con todas las chicas, no le di importancia al

asunto, incluso siendo Louise una muchacha encantadora. Todo lo que yo sabía del señor Armstrong era lo relacionado con el banco, en el cual estaba depositado casi todo el dinero de los muchachos. Había oído, además, cierta fea historia acerca de su hijo Arnold Armstrong, del que se murmuraba que había falsificado la firma de su padre en ciertos documentos bancarios para así obtener una suma considerable. Sin embargo, aquella historia no me interesaba lo más mínimo.

Me libré de Halsey y Gertrude enviándolos a una fiesta, y salí rumbo a Sunnyside el primer día de mayo. Los caminos eran malos, pero los árboles estaban en flor y aún se veían tulipanes al borde de los jardines cercanos. Los madroños exhalaban un delicioso aroma bajo las hojas muertas y, cuando iba por el camino que llevaba a la estación de tren, no había recorrido un kilómetro cuando el coche se atascó en un lodazal y yo descubrí un pequeño prado cubierto con minúsculos nomeolvides. Los pájaros —no me pregunten de qué especie, para mí todos son iguales a menos que sean de algún color muy característico—, los pájaros, digo, gorjeaban entre los setos y todo parecía respirar paz. Liddy, nacida y criada sobre suelos de baldosas, pareció sentirse un poco deprimida cuando los grillos empezaron a chirriar, o a frotarse las patas, o a cualquier cosa que sea lo que hacen al atardecer.

La primera noche transcurrió con bastante tranquilidad. Siempre he estado agradecida al destino por aquella única noche de paz; me recuerda cómo puede ser el campo en circunstancias favorables. Después de eso, no volví a apoyar mi cabeza en la almohada con la menor seguridad de que durara un rato sobre ellas..., ni siquiera sobre mis hombros.

A la mañana siguiente, Liddy y la señora Ralston, mi ama de llaves, tuvieron una diferencia de opiniones, y la señora Ralston se fue en el tren de las once. Al terminar de comer, Burke, el mayordomo, fue atacado por un súbito

dolor en el costado derecho. Curiosamente, los dolores parecían ser más fuertes cuando yo estaba cerca y podía oír sus quejidos, y a la tarde había partido rumbo a la ciudad. Por la noche, la hermana de la cocinera dio a luz un bebé —la cocinera, viendo que no me conmovía lo suficiente, lo pensó mejor y lo convirtió en gemelos— y, para ser breve, a la mañana siguiente el personal de la casa se había reducido a Liddy y a mí. ¡En una casa de veintidós habitaciones y cinco cuartos de baño!

Liddy deseaba volver cuanto antes a la ciudad, pero el lechero le dijo que Thomas Johnson, el mayordomo negro de los Armstrong, estaba trabajando en el Club Greenwood como camarero, y era posible que volviera a trabajar en la casa. A mí, como a cualquiera, no me resulta agradable coaccionar a los sirvientes de otras personas, pero pocos de nosotros nos mostramos igual de delicados con alguna institución o corporación, como lo prueba el hecho de que, siempre que podemos, maltratamos a los miembros del personal de las líneas ferroviarias y de tranvías. Así pues, llamé al club, y a eso de las ocho Thomas Johnson fue a verme. ¡Pobre Thomas!

Bueno, aquello terminó cuando logré contratar a Thomas, con un salario desmesurado y con permiso para dormir en la casa del guarda, vacía desde que se alquilara la casa grande. El viejo —bastante encorvado y con el cabello blanco pero con una inmensa idea de su dignidad— me explicó, vacilante, sus razones.

—No quiero asegurar *ná*, señorita Innes —dijo, manteniendo una mano sobre el picaporte de la puerta—, pero lo que ha *pasao* aquí en los últimos meses no e *naturá*. Solo e una puerta que rechina *po* aquí, o una ventana que se cierra *po* allá, pero cuando puertas y ventanas dan en *hacé* travesuras cuando no hay nadie *po* allí, Thomas Johnson duerme en otro *lugá*.

Liddy, que, según recuerdo, no se apartó de mí en toda la noche y que tenía miedo hasta de su sombra en aquel

enorme caserón, dio un leve grito y se puso de un color verdoso amarillento. Pero yo no soy fácil de asustar.

Fue completamente inútil hacer ver a Thomas que estábamos solas y que debía quedarse a pasar la noche en la casa. Con cortesía, sí, pero con firmeza, nos dijo que volvería por la mañana, y que, si le daba una llave, volvería a tiempo de hacer el desayuno. De pie en el largo porche, lo vi alejarse arrastrando los pies por el oscuro sendero. Mis sentimientos eran confusos: irritación por su cobardía y gratitud porque, después de todo, había venido. No me avergüenza confesar que cerré la puerta del vestíbulo con dos vueltas de llave.

—Tú puedes cerrar el resto de las puertas y luego irte a la cama, Liddy —dije con tono firme—. Me pone nerviosa verte a mi alrededor. Una mujer de tu edad debería tener más sentido común.

Por lo general resultaba efectivo recordarle a Liddy su edad. Ella aseguraba «andar por los cuarenta», lo cual era absurdo. Su madre fue cocinera de mi abuelo, y Liddy tenía que ser por lo menos tan vieja como yo. Pero aquella noche el truco no resultó.

—¡No puede usted ordenarme que cierre, señorita Rachel! —protestó—. ¡Vamos!, por lo menos hay una docena de puertas acristaladas en el ala de la sala de dibujo y el cuarto de billar, y todas dan a un porche. Y Mary Anne dice que anoche, cuando fue a cerrar la puerta de la cocina, vio a un hombre de pie cerca del establo.

—Mary Anne está loca —respondí de mal humor—. Si un hombre hubiera estado allí, en menos de una hora ella le habría hecho entrar en la cocina y le habría dado los restos de la cena, para seguir la costumbre. Así que no seas ridícula. Cierra las puertas y vete a la cama. Yo voy a leer.

Pero Liddy apretó los labios y no dio ni un paso.

—No me iré a la cama —dijo—. Voy a hacer las maletas y mañana me iré de aquí.

—No vas a hacer nada de eso —respondí, cortante. Liddy y yo deseamos con frecuencia hacemos compañía, pero nunca lo deseamos a la vez—. Si tienes miedo iré contigo, pero, por el amor de Dios, no trates de esconderte detrás de mí.

La casa era una típica residencia de verano a escala enorme. El arquitecto había suprimido las paredes en todos los lugares posibles, poniendo en su lugar columnas y arcos. Producía un efecto de frescura y amplitud, pero no de intimidad. Mientras Liddy y yo íbamos de una ventana a otra, nuestras voces resonaban de un modo inquietante. Había luz de sobra —la central eléctrica del pueblo la proporcionaba—, pero la interminable sucesión de suelos pulidos y espejos que, inesperadamente, nos reflejaban desde oscuros rincones, hicieron que yo finalmente sintiera cómo se me contagiaba un poco de la chifladura de Liddy.

La casa era muy larga, casi en forma de rectángulo, con la entrada principal en el centro de uno de los lados largos. El camino de baldosas daba a un pequeño vestíbulo a cuya derecha, solo separada por una hilera de columnas, había un espacioso salón. Detrás había un cuarto de dibujo y, al final, un salón de billar. A un lado de este, en el extremo del ala oriental, se veía una especie de escondrijo o salón de juego con un minúsculo vestíbulo que daba al porche del lado este, y desde allí subía una estrecha escalera de caracol. Halsey la había señalado con el dedo, encantado.

—¡Mira, tía Rachel! —había exclamado, feliz—. El arquitecto que colocó esa escalera supo lo que hacía. Arnold Armstrong y sus amigos podían quedarse aquí jugando a las cartas toda la noche y subir a sus cuartos por la mañana sin que la familia llamara a la policía. Liddy y yo llegamos hasta el salón de juego y encendimos todas las luces. Yo probé la cerradura de la puertecita que daba al porche, y examiné las ventanas. Todo estaba bien, y Liddy, más tranquila, empezó a hablarme del polvo que cubría el piso de madera cuando, de pronto, las luces se apagaron. Esperamos un

momento, supongo que Liddy se quedó helada de miedo; en caso contrario, habría gritado. Luego, la cogí del brazo y le señalé una de las puertas acristaladas que daba al porche. La súbita oscuridad destacó el contorno de la puerta, un rectángulo de luz grisácea, y al otro lado pudimos ver una figura humana de pie, atisbando. Mientras la mirábamos, atravesó el porche y se perdió de vista en las tinieblas.

2

Un gemelo de camisa

Las rodillas de Liddy parecieron negarse a sostenerla. Se desplomó sin hacer ruido, mientras yo, como petrificada, contemplaba la ventana. Liddy empezó a gemir, y yo, nerviosa como estaba, me arrodillé a su lado y empecé a zarrandearla.

—¡Basta! —susurré—. Es solo una mujer..., quizás una sirvienta de los Armstrong. Levántate y ayúdame a buscar la puerta.

Se limitó a gemir de nuevo.

—Muy bien —dije—. Entonces tendré que dejarte sola aquí. Me voy.

Eso la obligó a levantarse y, aferrada a mi brazo, me siguió mientras yo avanzaba a tropezones hasta el salón de billar, y desde allí hasta a la sala de dibujo. Entonces volvieron las luces y tuve la horrible sensación de que cada una de las largas puertas acristaladas sin postigos ocultaba un rostro. En realidad, por lo que ocurrió posteriormente, estoy casi segura de que durante toda aquella noche de pesadilla alguien nos vigilaba. Atravesamos el salón precipitadamente y subimos tan deprisa como pudimos. Dejé encendidas todas las luces. Nuestros pasos resonaban como en una caverna. Liddy, que a la mañana siguiente iba a amanecer con tortícolis de tanto mirar por encima del hombro, se negó a irse a la cama.

—¡Déjeme quedarme en su vestidor, señorita Rachel! —me rogó—. Si no me deja tendré que quedarme ahí afue-

ra, en el vestíbulo. No voy a dejar que me asesinen con los ojos cerrados.

—Si alguien va a asesinarte —repliqué—, no le importará si los tienes abiertos o cerrados, pero puedes quedarte en el vestidor si me prometes dormir en el diván. Cuando duermes en una silla, roncas.

Estaba demasiado asustada para enojarse, pero después de un rato se acercó a mi puerta y se asomó a mi habitación, donde yo estaba preparándome para dormir, con la *Vida espiritual* de Drummond^[2].

—No era una mujer, señorita Rachel —dijo mientras sostenía sus zapatos en una mano—. Era un hombre con un gran abrigo.

—¿Qué mujer era un hombre? —le contesté. Y como ni siquiera levanté la mirada, Liddy regresó al diván.

Eran las once cuando, finalmente, me dispuse a dormir. A pesar de mis aires de indiferencia, cerré con llave la puerta que daba al vestíbulo y, habiendo descubierto que la ventanita que ocupaba la parte superior de la puerta no se cerraba, puse una silla frente a la puerta muy cuidadosamente, pues no quería despertar a Liddy, y, tras subirme sobre ella, coloqué sobre el travesaño un espejito de mano. De ese modo, cualquier movimiento del marco lo derribaría con estrépito. Satisfecha de mis precauciones, me acosté.

No logré conciliar pronto el sueño. Cuando por fin empezaba a quedarme dormida, Liddy llegó de puntillas a mirar debajo de la cama y me despertó. Sin embargo, no se atrevió a hablar a causa de la riña anterior, y regresó. La oí suspirar con desaliento, en el dintel de la puerta.

Abajo, un reloj sonaba de vez en cuando: las once y media, las doce menos cuarto, las doce... Y entonces las luces se apagaron definitivamente. La compañía eléctrica de Casanova cierra a medianoche y los empleados se van a la cama. Supongo que el que quiera dar una fiesta tiene que pasar unos billetes a los señores de la compañía, para que se queden despiertos tomando café un par de horas más. Pe-